

partes, resultaría imposible para mí haber sido más generoso conmigo que con las mujeres. Lo censurable sería haberlo sido".

William Russell, que era la más sencilla de las mujeres. Aceptaba como un deber, pero no le daba exagerada importancia.

Las críticas teatrales censuraban, en una de las ocasiones, al príncipe que aparecía no era suyo. Fitch se quejaba conmigo, diciéndome: "¿Sabes? Jamás han conocido príncipe entre mis conocidos a una docena de años. Creerme, los príncipes son como los reyes, sólo que un poco más humanos. Son los reyes los que actúan como se suponen los príncipes".

Las relaciones con príncipes que he tenido, son de la peor observación. Hace unos diez o quince años y yo ocupábamos una mesa en el salón de Madrid, de Sevilla. En una ocasión había un caballero de barba rojiza, que me atraía por las estras de la simpatía que mi hija me transmitía en su ánimo. No sabía quiénes éramos, pero yo sabía quién era. Poco después lo vi en el vestíbulo del hotel y, tras cambiar palabras, me sugirió un pariente que era magnífica. Caminamos algunos días por España y los Estados Unidos, en una ocasión de que era un hombre sencillamente

llo, bien informado — un banquero, posiblemente, o algo por el estilo. Creo que llegué a preguntarle si era banquero. Un poco sorprendido, pero sin afectación ni disgusto, me respondió: "No, yo soy Enrique de Macklenburg". Era el Príncipe Consorte de Holanda.

No recuerdo quién me contó que una vez viajaba un grupo de monarcas europeos en un tren. Iban a una boda real, o a alguna ceremonia importante que se celebraría en una capital del continente. En su mayoría eran soberanos de segunda o tercera categoría y constituía una grave preocupación para ellos el orden en que habrían de moverse, para pasar al carro comedor. Resuelto al fin el orden de la columna, ésta principió la marcha. El caballero robusto y barbado que voluntariamente había escogido ser el último, era Eduardo VII de Inglaterra. No respondo de la veracidad del suceso, pero, en todo caso, merece ser cierto. Sólo quien, por encima de toda posible duda, está seguro de su derecho de encabezar la procesión, puede quedar satisfecho con ponerse al final de la misma.

Durante uno de mis viajes por Europa, me encontré con un acaudalado comerciante del Oeste norteamericano. Me veía con alguna frecuencia, pero dejó de hacerlo cuando supo que yo tenía un amigo que viajaba en segunda. Por aquellos días fui presentado, en París, al Barón de Rothschild, quien tenía alguna ingerencia económica en la representación de una de mis comedias. Era uno de los hombres más ricos del mundo. Tenía una suntuosa mansión, en uno de los mejores barrios de la metrópoli del Sena. Entre sus